

¿Puede el alcohol ser pacificador de una angustia intolerable? El caso de dos escritores

Judith Nieto*

Resumen

El presente texto busca aproximarse al tema de las drogas y su consumo, en particular el del alcohol. En respuesta a esta intención, se adelanta una breve revisión a la idea ya anunciada en el título. Así mismo, a partir de algunos textos literarios de dos escritores adictos al alcohol, se trata de conocer si la pulsión por la bebida contribuía a apaciguar la angustia padecida y declarada por ellos a lo largo de sus vidas. La misma disertación procura revisar aspectos puntuales de la relación alcohol y escritura mantenida durante largos años por los escritores Sándor Márai y Marguerite Duras.

Palabras clave: consumo, escritura, cura, angustia, miedo, alcohol.

Abstract

This paper intends to approach on drugs and consume of these, particularly alcohol. Responding to this intention, a brief review to the idea announced in the title is undertaken. In the same way, starting from some literary texts from two alcohol addicted writers, it is intended to know if *drink drive* contributed to calm down the anguish suffered and declared by them throughout their lives. The same dissertation expects to review punctual aspects of relationship between alcohol and writing, had during many years by writers Sándor Márai and Marguerite Duras.

Keywords: consume, writing, cure, anguish, fear, alcohol.

* Doctora en Ciencias Humanas. Mención: Literatura y Lingüística de la Universidad Austral de Chile. Actualmente, profesora titular de la Universidad Industrial de Santander (UIS), Escuela de Filosofía. correo electrónico: junilo@uis.edu.co

Resumo

Esse texto procura olhar mais de perto o questão das drogas e seu uso, em especial o álcool. Em resposta a essa intenção, antecipa uma breve revisão a idéia anunciada no título. Também, a partir de textos literários de dois escritores dependentes de álcool, pretende-se saber si o desejo

por bebida ajudou a dissipar na ansiedade sofrido e declarado por eles toda a sua vida. A mesma palestra pretende rever aspectos específicos da relação álcool e escrita mantida por muitos anos por escritores Sándor Márai e Marguerite Duras.

Palavras-chave: consumo, escrita, cura, angustia, medo, álcool.

Consideraciones iniciales

Parece que el hábito de consumir licor se convierte en un acto-hábito, hasta llegar a un arte, como el de la escritura, donde hay algo común que “ayuda” a vivir. En efecto, puede pensarse en el beneficio de volverse consumidor de bebidas alcohólicas y habituarse al acto creativo de la escritura; este último suele mostrar —luego del mayor agobio y disposición frente a la página, para dejar allí parte del peso que suele cargar quien escribe— cómo a medida que se avanza en aquello que el escritor quiere expresar se desvanece esa especie de obligación insoportable, usualmente acompañada de miedo, familiar para quien tiene contacto permanente con la escritura, para aquel que ha hecho de esta una razón, una necesidad —no pulsión— de vivir, que se resuelve entre líneas venidas en tinta fresca.

El presente texto, más allá de hacer una apología de la relación común entre el alcohol y el escribir, guarda la intención de conocer el trabajo de dos escritores en cuyas vidas estuvo presente el consumo adictivo del alcohol —no por ello escritores de elevada talla—. Ellos son Sándor Márai (1900-1989) y Marguerite Duras (1914-1996), quienes se han declarado consumidores de diferentes bebidas alcohólicas, adicción con la que, al parecer, buscaban pacificar sus estados de angustia.

En diferentes obras cada uno manifiesta su vínculo con el alcohol. Sándor Márai evoca así lo vivido durante su juventud: “Yo había bebido en Frankfurt, y al llegar a Berlín me convertí en un alcohólico hecho y derecho” (Márai, 2006: 337). Y sólo hasta cierta parte de su

vida, cuando escucha el definitivo llamado de la escritura, interrumpe el consumo cotidiano y compulsivo de alcohol; esta creación literaria, a juzgar por su prolija obra, la realiza casi sin descanso hasta días antes de su suicidio en San Diego, Estados Unidos. Marguerite Duras también adquiere tal adicción casi desde el comienzo de su juventud, pero, a diferencia de Márai, le es imposible deshacerse del alcohol, pese a los múltiples tratamientos a los que se sometió luego de profundas crisis: “Ahora sabe que siempre es alcohólica, incluso cuando no bebía, y que lo seguirá siendo, aunque no vuelva a beber jamás. Porque el alcoholismo es la ausencia de Dios” (Tournier, 2002: 326). De esta manera, se vuelve y se reconoce como alcohólica, pues no puede superar su dipsomanía, pese al beneficio de la escritura.

Fue así como transcurrieron las vidas de creación literaria de dos grandes escritores del siglo XX. Uno y otra testigos de las guerras mundiales, quienes, además de batallar contra sus propios temores, al parecer encontraron en la embriaguez el alivio de su angustia. Por otra parte, y quizá con la misma esperanza de liberarse de la pulsión por la bebida, se consagraron a la literatura con la determinación y la fuerza propias de quien sabe atender la demanda del decir artístico y cuyo destino está en las páginas de estos verdaderos exponentes de las letras europeas.

Ninguno sabe de límites, ni siquiera de los impuestos por el corazón, tampoco conocen los devaneos caprichosos demandados por el cuerpo en su afán de satisfacer la pulsión exigida por el alcohol, servido en una copa de vino o de aguardiente para él, y de whisky para ella. De manera constante se requiere un licor con el cual poder hacer frente a su síntoma, visible en una insoportable angustia. Lo hicieron sin control, así como traspasaron límites para avanzar y entregar una novela, una obra de teatro o un guión de cine, manifestaciones artísticas en las cuales incursionaron ambos, sin parar —como si se tratara de otra pulsión.

Algo hay en común en estos dos escritores que muy seguramente buscaron en la bebida la manera de apaciguar una angustia o un miedo, como en varias ocasiones lo reconocen:

“Me acuerdo de un año entero, de los veinte a los veintiún años, en que por las noches, es decir por las mañanas, ni siquiera el alcohol lograba dormirme y tomaba somníferos cada vez que quería conciliar el sueño. Éste iba siempre precedido por angustias, manías e intensos temores” (Márai, 2006: 339).

Según declara Márai en su autobiografía *Confesiones de un burgués* (2006). Mientras, Marguerite Duras consigna en *Escribir* (1994):

“Puedo decir que tenía miedo cada atardecer. Y sin embargo nunca hice un gesto para que alguien se instalara a vivir allí. A veces salía tarde, al anochecer. Eran recorridos que me encantaban, con gente del pueblo, amigos, habitantes de Neauphle. Bebíamos. [...] Los camareros vigilaban como polis aquella especie de inmenso territorio de nuestra soledad” (pp. 28- 29).

Pero hay algo más para asociar a los dos escritores; se trata de los hechos de guerra y sus particulares circunstancias de víctimas. Haber sido testigos de dos guerras mundiales los pone en mundos comunes. Además de batallar con sus propios temores y con la inacabada angustia que hizo huella en sus vidas y en sus letras, *la nada* los absorbió, y de ella hicieron páginas que exponen las grandes crisis materiales capaces de afectar el espíritu de épocas y de sus hombres.

De las bebidas y sus consumidores

Si el interés del presente texto recae sobre los efectos del alcohol y su consumo en escritores como los escogidos para esta meditación, quien escribe ahora pretende adelantar una breve revisión de lo anunciado en el título; es decir, se intenta buscar en dos escritores adictos al alcohol si la pulsión por la bebida contribuía en algo a apaciguar la angustia padecida y declarada por ellos a lo largo de sus vidas. Dicha búsqueda se adelantará en textos de su autoría, que dejan claro si la angustia es una explicación al porqué de la pulsión señalada.

La pretensión acabada de indicar exige alguna alusión a aquello que ha significado históricamente el hecho de consumir bebidas alcohólicas, independientemente de su procedencia y alcances. De ahí que intentar una aproximación a la historia de las bebidas, sin entrar en

algunos de los múltiples detalles que esta presenta, obliga a conocer, también a aprender, que las bebidas, además de ser alimento, tienen una función estimulante; en tal sentido, Fernand Braudel considera que en la base de todas las bebidas está el carácter de excitantes: “De instrumentos de evasión; a veces como ocurre entre ciertas tribus indias, la embriaguez llega incluso a ser un medio de comunicación con lo sobrenatural” (1994: 5). Esto explica, en alguna medida, el porqué de su consumo desmedido, no sólo entre comunidades indígenas, sino entre otras civilizaciones.

Este es el caso de la antigua cultura griega, cuya literatura y obras filosóficas retratan a los habitantes de entonces, quienes acudieron al alcohol para celebrar a una divinidad. Para quienes se mueven en el mundo de la filosofía, por especialidad o por otros motivos que llevan al acercamiento a tal saber, resulta familiar en *El banquete*, de Platón, la representación de lo que es para la época —algo más de dos mil quinientos años atrás— un banquete griego, donde “Después de la comida tenía lugar el *Simposio* [‘bebida en común’] propiamente dicho. Antes de pasar a él [...] se hacían libaciones en honor de los dioses y se entonaba un ‘peán simposíaco’ o canto de salutación dedicado a Apolo” (García, 2002: 52).

Dioses y hombres sabios son dignos de alabanzas provenientes de los discursos pronunciados por los invitados al *Simposio*, y ganan fuerza expresiva si van luego o en medio de una copa. No obstante, las glorias de las libaciones en el acontecimiento de palabras, motivo de *El banquete*, se hace la advertencia sobre los perjuicios ocasionados por el alcohol: “A mí efectivamente, me parece evidente por la práctica de la medicina que la embriaguez es perjudicial para los hombres” (Platón, 2002: 176d), expresa Erixímaco al iniciar su elogio a Eros. Son palabras que dan cuenta de que aunque se trate de alabar a los dioses y a los hombres —como ocurre en el diálogo referido—, y de hacerlo con libaciones de vino, sin un destino divino o sobrenatural serán igual de lesivas.

Éste es un llamado frecuente, que aparece a lo largo de dicha pieza del filósofo griego. No obstante, los hombres partícipes del *Simposio* —discípulos y admiradores de Sócrates— no hacen a un lado la bebi-

da, sino que la atraen todos, de principio a fin, a excepción del médico, quien inicia su encomio a Eros a partir de un llamado a la cordura. A propósito del licor, el médico sabe que sus resultados son nocivos; se percata de que al deleite del vino le sobreviene un comienzo de destrucción que el consumidor conoce, pero que, aun así, hace caso omiso de su letal efecto, y prefiere, por el contrario, dedicarse a beber.

El hecho desmedido de beber puede resultar nocivo para el cuerpo, pero no se descartan beneficios, por ejemplo, ser la fuente de “alivio” de miedos y peligros que suelen afectar a sus consumidores, en particular a quienes han hecho de tal consumo todo un acto compulsivo.

Así es, grupos inauguradores de civilizaciones, como los griegos, y clanes primitivos, como los indígenas, explican cómo el alcohol ha estado presente de modo casi imprescindible en celebraciones y también como instrumento de evasión; esto último lo indica Braudel. Peligro y lenitivo es lo que escurre de toda gota que sale del alambique o del barril. Remedio y veneno anudan el as y el envés de un licor procedente de tantas fuentes —sean uvas, caña o cereales, por nombrar sólo algunas—, causantes de diversos estados que afectan cuerpo y razón de quienes lo consumen; bien en honor a los dioses, bien en busca de situaciones artificiales que “glorifican”, pero que, como es fácil de constatar, también matan.

Debe anotarse que ingerir bebidas es tan antiguo como la necesidad de satisfacer el hambre mediante el consumo de alimentos. Siempre se ha bebido; los hombres y las mujeres de todos los tiempos, y en particular de los actuales, han tenido la necesidad y la costumbre de tomar bebidas: vino, cerveza, refrescos, zumos de frutas, aguas de hierbas y hoy, quizá más que nunca, agua, simplemente agua, del grifo la prefieren unos, mineral la recomiendan los promotores del gasto y del consumo. Consumo tan desmedido es denominado la adicción del presente siglo.

En consecuencia, hablar de bebidas obliga a empezar por el agua; esta, tan corriente para unos, tan escasa para otros:

“No siempre se dispone de toda el agua que se necesita, y a pesar de los consejos concretos de los médicos que pretenden que determinada

agua es preferible a otra según las enfermedades, hay que contentarse con la que se tiene al alcance de la mano: agua de lluvia, de río, de fuente, de cisterna, de pozo, de barril [...]” (Braudel, 1994: 6).

Lo importante es que sea agua, pues aunque necesaria para beber y cuidar el cuerpo, también hay que destacar que al igual que ocurre con el licor, o con el alcohol, independiente de su procedencia, ésta cura y enferma, alivia y mata.

Más aún, hoy, tras los afanes de muchos por llevar un cuerpo de peso liviano, se ha optado por consumir más agua que alimentos sólidos, lo que conduce a un desequilibrio nutricional que puede llegar a convertirse en un problema de salud pública. El “soberano remedio”, como lo nombra Braudel citado, puede causar la muerte si no se tiene a la hora de cortar una fiebre, pero también la causa si su consumo sobrepasa el de los demás nutrientes y alimentos demandados por el cuerpo, a fin de tenerlo sano; no obstante, hoy la prioridad para muchos es que sea bello, sin importar que se atente contra la salud. Se debe cumplir con el requisito de tener un cuerpo sano y bello, aunque esto último sea prioritario para algunos.

Pese a que no es sobre el consumo del agua sobre el que versarán estas páginas, es importante adelantar una precisión relacionada con el hecho de beber cualquier tipo de líquido, como un hábito que ha estado incorporado histórica y culturalmente a la vida y al desarrollo de la humanidad. Consumir bebidas es, pues, un hábito¹ legendario, que para algunos ha llegado a representar una opción que va de lo curativo a lo saludable, sin dejar de lado lo fortalecedor.

Quizá ha sido el hábito de beber tan común a hombres y mujeres el que ha propiciado que estos no sólo acojan la bebida, sino que, además, se vean motivados a trascender de las “bebidas sanas” a aquellas cuyo consumo desmedido puede llegar a ocasionar la adicción, con sus preocupantes consecuencias. Se hace referencia al alcohol y a su consumo en sus más diversas presentaciones y aceptaciones, dosificadas comúnmente por un “sí social”, que suele hacer caso omiso y es

¹ No está de más aclarar que un *hábito* es un comportamiento que, por obra de la rutina, se convierte en costumbre, con la particularidad de que puede *favorecer o no al desarrollo de una vida de bienestar*.

indiferente a los peligros individuales y colectivos que tal aquiescencia procura.

El alcoholismo: ¿una pulsión para *desangustiar*?

Sobre el hábito de consumir bebidas de procedencia alcohólica, que usualmente termina por afectar el desarrollo de una vida sana y de bienestar, es oportuno traer lo anunciado por el título: “¿Puede el alcohol pacificar una angustia intolerable? El caso de dos escritores”.

El punto de referencia que llevó a titular el presente texto conduce a una realidad de la vida de un número significativo de escritores, hombres y mujeres, para quienes el oficio ejercido con la pluma se une a la rutina de “beber”. Aunque los ejemplos son abundantes, no es propósito de las presentes páginas repetir nombres de quienes han sido víctimas del señalamiento y de la censura social, sino hacer visible la adicción de aquellos al alcohol, que llega a opacar la grandeza de su obra, iluminada o no por las gotas de la bebida, las mismas que llenaron una y otra vez la copa imposible de evitar.

Y aunque trágicos, sus tiempos de alcohol y sus vidas, los autores no se desviaron de la página, ni abandonaron el arte derivado de la sensibilidad y de la mano que maneja la pluma u oprime la tecla. Tampoco desapareció la angustia generadora de dicho consumo por sus efectos etílicos; al contrario, provocó otras adicciones propias de la época y a las que se entregaron estos sujetos singulares en arte y en vida.

La idea obvia acerca de lo nocivo que resulta el consumo desmedido de todo tipo de bebida alcohólica ya se ha expresado. No obstante, esta razón de perogrullo es la que alienta la construcción de la hipótesis que sirve para la continuación del presente ensayo, y que puede exponerse así: *aunque hay casos significativos de escritores cuyas vidas estuvieron marcadas por la presencia del alcohol y la escritura, entonces, ¿podría pensarse que la pulsión por el alcohol lleva a pacificar una angustia intolerable en estos sujetos?*

Tal vez se trate de un propósito osado, pero juzgo que es aquí donde puede fijarse la particular ecuación alcohol-escritura, traducida como una manifestación estética que implica una postura.

La construcción de la anterior hipótesis estuvo animada por una lectura adelantada de Marie-Jean Sauret —y otros psicoanalistas actuales—,² quien, en su texto titulado “La elección del síntoma contra los impases de la civilización”(2005), consigue una reflexión a partir de la cual da cuenta de cómo la capacidad de acto y decisión que subyace a la estructura del sujeto no está ausente del síntoma de cada uno y, por ello, es singular y busca la manera de anudarse, de crear lazo social.

Así mismo, el autor destaca una de las consecuencias subjetivas del funcionamiento social contemporáneo, que radica en la presencia de los obstáculos para que los sujetos asuman sus síntomas, entre estos se destacan ciertas formas de toxicomanía.

Para precisar acerca del problema planteado, lo que se pretende es atraer algunas ideas para intentar comprender si el alcohol puede obrar en beneficio de la mitigación de la angustia, especialmente en escritores asumidos como consumidores compulsivos, en dipsómanos, como es el caso de Sándor Márai y Marguerite Duras. Para algunos, el alcohol y la escritura están “en la misma banda moebiana”, son dos caras idénticas que permiten unificar la idea venida del decir común, desde donde no se escatiman palabras para asociar a quien ejerce algún arte con la escritura, como si se tratase de una conjunción proporcional y, además, lógica. Por supuesto que esta meditación se aleja de dicha percepción, por demás falsa, y lo que intenta es entender si una razón de angustia es la que aboca a algunos consumidores de alcohol que también son escritores a convertir el hábito por la bebida en una pulsión.

Los dos casos

Debe aclararse que la problemática indicada es aplicable exclusivamente para los escritores aquí nombrados, pues se conoce que no todo alcohólico tiene relación con la escritura, ni opera en él una dimensión estética. Esta, en cambio, sí mueve las más difíciles producciones artísticas, para el caso las literarias, aunque ellas lleven a agravar el malestar ocasionado por la inexplicable angustia. Una angustia que

² Entre ellos cito a Jaques-Alain Miller y Esthela Solano.

puede conducir a conocer el peligro de la bebida o del narcótico, como lo saben relatar los dos escritores, según sus particulares vivencias con el consumo excesivo de licor:

Los bebedores más empedernidos de Frankfurt nos reuníamos en una bodega holandesa, cerca del Hauptwache, desde las primeras horas de la mañana [...]. En la facultad bebíamos todos sin parar, como obedeciendo una orden.

[...]

Pronto resultó obvio que estaba enfermo y que era incapaz de enfrentarme a la vida (Márai, 2006: 338).

Por su parte:

Marguerite Duras escribió otras doce novelas, quince obras de teatro, cinco guiones de cine y rodó cuatro películas. Después cayó en el alcoholismo, hasta el fondo. Estuvo a las puertas de la muerte [...], ingresó en una clínica para seguir una cura de desintoxicación: aquello es la muerte, es peor, es el infierno [...]. Dice: “Escribiré un artículo, diré lo espantoso que es una cura antialcohólica. Lamento haberlo hecho... Es espantoso”. (Tournier, 2002: 325-326).

“Escribiré un artículo” es una especie de eco de lo objetado por la joven histérica tratada en su momento por Freud, quien dice a su clínico de modo imperativo: “¡Déjeme hablar!”, a lo cual accede el médico vienés. Es una forma de reconocer la singularidad del sujeto, ¿también darle lugar a su palabra responsable? Sin duda, y aunque deben guardarse las proporciones por razones circunstanciales, es posible que un afán por asumir la responsabilidad del acto expuesto en una pulsión alcohólica imposible de controlar es el que se ha reflejado en las palabras de Duras: “Escribiré un artículo”.

Hay un momento en el cual el sujeto tiene que asumir su falta, cuando otorga a su acto el lugar de la palabra para responsabilizarse de lo que vendrá luego de esta. Experiencia aplicable a la forma de dichas palabras en voz de la escritora, en imperativo subjetivo, como respuesta a la terrible desintoxicación, escribir, escribir por obligación, ¿para *desculpabilizarse* del acto de beber hasta perder el control?, ¿para ganarle el combate a la angustia por vía de la escritura? Son interrogantes que quizá sólo ella podría responder.

Los pasajes acabados de citar dan cuenta de los alcances del alcohol en estos dos escritores, al punto de reconocerse “consumidos” por él. En ellos, la bebida ha ocupado un lugar tan “privilegiado” como el de la escritura, como si se tratase de dos pulsiones a las que les resulta difícil renunciar. Debe hacerse la salvedad de que para el caso del arte de la escritura, esta no puede nombrarse bajo la voz de la pulsión, en cuanto se trata de una producción lograda mediante un esfuerzo del escritor. Alcohol, letra, palabra y silencio pueden nombrarse como las constantes de su particular universo, forjado con gotas irrenunciables; unas y otras, las del alcohol y la pluma, los mantuvieron bajo una especie de *apaciguamiento*, pues está comprobado que la palabra en tono artístico concede la calma, o mejor, el sosiego; y el alcohol, parece, procura idéntica cualidad.

A ellos dos, como a tantos otros escritores, los atrapó el peligro del hábito desmedido por la bebida, mejor, de la pulsión, que Duras consideró algo peor que la muerte, el infierno, pero, ante todo, que el miedo, el mismo que la lleva a consignar en algunas de sus páginas: “Cuando me acostaba, me tapaba la cara. Tenía miedo de mí. No sé cómo, no sé por qué. Y por eso bebía alcohol antes de dormir. Para olvidarme de mí [...]. La soledad alcohólica es angustiosa” (Duras, 1994: 25).

Es una soledad a la que se refieren tanto la escritora francesa como el escritor húngaro en sus entrevistas, biografías, memorias y demás obras. Esa especie de compañía que se hace sola y que se nombra *soledad*. Ninguno ocultó su adicción, ni los peligros de esta, tampoco los miedos que les espantaban, como bien se ejemplifica en el texto acabado de presentar y en este nuevo pasaje: “Yo empecé a beber para espantar el pánico [...]. Estoy absolutamente convencido —por el recuerdo de muchos detalles— de que en aquella época yo vivía en un peligro mortal constante y solamente el alcohol y las drogas podían neutralizarlo” (Márai, 2006: 338-339).

Quizá estos *excitantes* les permitieron soportar la vida, para mantenerse bajo el mandato ético y estético que no les aplazaba la escritura. Curiosamente en ambos, pese a que el alcohol los sacaba por instantes de sus estados, bien de angustia, bien de miedo, había otra especie de salvación: la escritura, así esta implicara jugar la apuesta

de sufrimiento impuesto por el destino, visible en la tarea de escribir. Sufrimiento trastocado en goce, pues el goce del escritor es también el del jugador de ajedrez, volcado en la cuadrículada y mortal tabla, donde todas las fichas blancas y negras parecen suplicar piedad por perder la cabeza, e implorar ante el fugitivo cielo azul que los libere de la tempestad quieta de los ojos, del obligado juego, del inocente albur que esconden los dedos: eso es escribir, un deseo de escapar “Y también un incentivo. Es una de las poquísimas cosas que siguen siendo interesantes” (Duras, 1995: 52). Podría agregarse a las palabras de la escritora que, además de interesante, escribir es un acto reparador, frente al cual no puede haber mejores palabras que lo testimonien.

Palabras venidas de la pluma de Marguerite Duras, mujer de refinada y alcohólica vida, a quien se le hacía imposible soltar un libro sin concluir su escritura, ejercicio que la libera definitivamente del alcohol, pues: “Si no hubiera escrito me habría convertido en una incurable del alcohol” (Duras, 1994: 24), expresa una vez más en medio del reconocimiento de su pulsión por el licor.

La angustia, un sentimiento que viene de “nada”

Los tiempos actuales no son los únicos cuando situaciones como las del miedo, la angustia, las fobias y demás aficciones afectan significativamente a los sujetos. De hecho, puede decirse que son situaciones históricas comunes; no obstante, se acentúan más en unas épocas que en otras. Por ejemplo, el caso de la angustia en el mundo contemporáneo se registra como una emergencia que quizá sobrepase todo tipo de límite, en sus manifestaciones y efectos; situación de obligatoria reflexión.

La angustia es un sentimiento soportado por cada sujeto con su singularidad, que lo ha llevado a sentirse impotente, tanto para explicarla como para evitarla, liberarse o curarse de ella. Frente a tal sentimiento, hoy tan generalizado como la aspiración patética a no envejecer o a no morir, diversas disciplinas se han dedicado, bien a pensar e intentar definir la angustia, bien a comprender su modo de operar a partir de sus más variadas manifestaciones. Sobresalen entre estas la filosofía, el psicoanálisis y la medicina, en la medida que cada una atiende a su

objeto de estudio; en que ha abordado dicha reflexión en procura de un entendimiento de su sentido. Algunas, como la medicina y el psicoanálisis, han trascendido su ejercicio con intervenciones y paliativos que controlen y, en lo posible, curen tan frecuente afección.

Lo anterior lleva a tener presente que para un saber como el de la filosofía la angustia también ha sido muy importante, en particular porque reconocidos pensadores de los tiempos modernos y contemporáneos han ocupado parte de su vida y obra en teorizar sobre ella, sus sentidos y sus alcances. Para el caso, son oportunos los nombres de Kierkegaard y Heidegger, quienes en su propio sistema de pensamiento volvieron capital el estudio y desarrollo de tal noción. El primero lo ha atendido desde la visión religiosa y lo ha concentrado en el complejo y dogmático problema del pecado original, pero, a la vez, ha aportado con sus investigaciones al actual interés del acontecimiento psíquico por la angustia. En tanto, el segundo lo orienta de tal forma que fortalece la idea de la angustia ante la vida, una vida que fija su presente en toda su contingencia. La angustia es el sentimiento que revela la vida cotidiana de cara a la huida de su contingencia.

Para este filósofo alemán no es la angustia de la muerte la que gana el lugar del pensamiento, es la de la vida y la existencia del *instante* revelador de la nada, sentimiento del que está suspendido. Podríamos agregar que quedamos suspendidos de la angustia y de la nada, sus únicas revelaciones.

La inocencia como estado de angustia

¿Cómo entender la angustia según Kierkegaard? En su elaboración, el filósofo empieza por plantear: “El estado de inocencia supone la paz y el reposo, pero al mismo tiempo implica otra cosa [...] ¿Qué es? La Nada. Pero, ¿qué efecto produce la nada? Engendra la angustia” (Kierkegaard, 1947: 47). Con esto se entiende que la inocencia es, además de ignorancia, angustia, y es así porque el estado de inocencia no da lugar ni objeto contra los que pueda guerrear. Así, el único efecto que ejerce el ser inocente es un estado de angustia. Siguiendo al autor, es un profundo misterio el que subyace a la inocencia. Aunque, a diferencia de la angustia, la inocencia sólo tiene delante de sí

y como única realidad la *nada*. De ahí que ante la nada el sujeto se encuentra inocente y, en consecuencia, se angustia; así que la causa de la angustia es la nada. La angustia revela la nada. En aras de lograr una mayor precisión conceptual, Kierkegaard plantea: “La angustia es una determinación del espíritu que enseña, y pertenece, por tanto, a la psicología” (p. 47), no obstante:

El concepto de la angustia no es tratado casi nunca en la psicología; por eso debe llamar la atención sobre la circunstancia de que es menester distinguirlo bien del miedo y demás estados análogos; éstos refiéranse siempre a algo determinado, mientras que la angustia es la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad (p. 47).

Del texto citado se deduce que la diferencia entre miedo y angustia se concreta en un objeto determinado e indeterminado para uno y otro caso, respectivamente.

Lo hasta ahora expuesto permite una nueva pregunta: ¿qué es angustiarse? Es experimentar un estado de nada, que es insoportable debido a que la relación de tal sentimiento con su objeto no existe, es algo que no es nada. En tal sentido, dicha relación adquiere carácter ambiguo, hecho que con seguridad agudiza la presencia del sentimiento. Se está angustiado por algo que no hace ninguna presencia, pero que alcanza a generar un sentimiento de la magnitud de la culpa, aunque Kierkegaard indica que la inocencia se pone de parte de quien se hace culpable por angustia, y aclara esto al anotar:

“No fue él mismo sino la angustia un poder extraño que hizo presa en él, un poder que él no amaba, del cual, por el contrario se apartaba angustiado; y sin embargo es culpable: se había huido de la angustia, a la que amaba a la vez que temía” (1947: 48-49).

Lo interesante de esta caracterización de la angustia, *se ama a la vez que se teme*, de su imprecisión acerca del objeto que genera y, en consecuencia, su imposibilidad de liberarse de ella, es que se proyecta en el hecho de que el sujeto padece sin hacer consciente el motivo del estado, pero, a la vez, es incapaz de renunciar a eso que le ocasiona el

sufrimiento, y convive con él hasta el punto de no deshacerse de lo que en paráfrasis del autor es una dulce opresión. Puede hallarse aquí, y a la luz de la filosofía, que se trata de la relación masoquista del sujeto con lo indeterminado generador de la angustia, tópico tratado de modo exhaustivo por la teoría y la clínica psicoanalítica.

¿Puede pacificarse la angustia?

Desde luego que el presente interrogante se ha formulado a partir del comportamiento adicto-compulsivo de los dos escritores que han motivado esta reflexión, pero, sin lugar a dudas, se ha contado con apoyos teóricos autorizados que permiten con más seguridad obtener una respuesta sólida a la pregunta. Entonces, es oportuno citar a J. A. Miller, quien permite aclarar sobre los dos sujetos motivo de esta disertación, que se trata de tener en cuenta que su adicción a la bebida es una pulsión en procura de una salida a sus estados de angustia. Acerca de tal afirmación, expresa Miller: “La vía de la angustia, tal como Freud la ha trazado en *Inhibición, síntoma y angustia*, lleva al objeto real. Tiene como objetivo llevar al objeto de satisfacción que no es la de la necesidad, sino de pulsión, una satisfacción que es goce” (2006: 39).

Puede ubicarse en esta precisión el caso de los dos escritores dado que una pulsión era establecida mediante el consumo del alcohol, el cual buscaba disminuir la angustia, como bien lo han demostrado ilustraciones explícitas en textos anteriores; logro imposible, pues lo conseguido por uno y otro escritor no iba más allá de la satisfacción del goce, como expresa Miller; y esta no produce un efecto de disminución de la angustia, sino de adormecimiento del síntoma.

Puede corroborarse lo acabado de expresar si se retoma un pasaje de uno de los escritores escogidos para estas páginas; se trata de líneas que de forma explícita le hacen frente a los ataques del sentimiento de angustia. En tal sentido, así se expresa Sándor Márai: “Ni siquiera el alcohol lograba dormirme y tomaba somníferos cada vez que quería conciliar el sueño. Este iba siempre precedido por angustias” (2006: 339). Lo que se ha planteado al proponer la tesis de este texto empieza a evidenciarse: el alcohol, también los somníferos, ayudan, en particu-

lar a este escritor, a pacificar una angustia insoportable, y, para el caso de Márai, esta es una clara evidencia de una relación compulsiva con el licor, como bien lo expone y reconoce a lo largo de su autobiografía.

Desde luego que a este sujeto en su singularidad el alcohol le provocaba alivio para su angustia, situación que es posible; sin embargo, no opera igual en otros sujetos, cuyos actos determinan, sin duda alguna, su singularidad. Es el momento de hacer algunos planteamientos acerca de la subjetividad que rodea y define los actos de quienes los llevan a cabo.

Quizá, y como bien lo ha concebido el psicoanálisis, “Única práctica que considera al otro como un sujeto, no en sus motivos, sino en sus actos: en acto de palabra” (Sauret, 2005: 200), gracias a este campo hoy puede constatarse que el lugar de manifestación de la singularidad que subyace a cada sujeto es la palabra, acto intransferible e insustituible en otro diferente al sujeto que pretenda decidir u obrar por él en esa instancia.

Bien es sabido que la palabra es la vía para comunicar, también para *desangustiar*. No obstante, al lado de la palabra existen otros aliados, paliativos del sentimiento de la angustia, entre ellos diferentes formas de adicción, como el alcohol, centro de la presente meditación. Siempre al alcance y más aún hoy, en un mundo con un mercado que sólo incita al consumo, y en particular al del licor, donde son cada vez más escasos los límites, pues, pese a ciertas medidas preventivas, la bebida alcohólica está a disposición de todas las edades y personas.

Así mismo, mediante la filosofía, se sabe que la angustia es un sentimiento al que han estado abocados los sujetos y al que inevitablemente se está expuesto, según palabras de Kierkegaard. Además, las formas de detenerla, apaciguarla o curarla de modo artificial han sido también otra constante histórica, sin innovación ofrecida por el mundo del mercado a los consumidores actuales.

Aunque se trata de un síntoma que puede nombrarse como *de la época*, se conoce que sus signos, hoy acrecentados, vienen de tiempo atrás, y sus manifestaciones, visibles a partir de actos usualmente no nombrados como un síntoma de angustia, suelen ser tratadas con las ofertas de *cura* que el sujeto encuentra a su alcance. Esto sin: “Pasar

por el apoyo sólido de un síntoma, sino más bien por una serie de usos adictivos, comportamientos erráticos o goces autísticos” (Solano, 2006: 44).

Esta situación puede trasladarse al caso de los escritores ya indicados, en particular el de Márai, quien siempre se reconoció como un sujeto angustiado, con miedos y necesitado, hasta la pulsión, de esa serie de adictivos que marcaron su vida hasta la muerte mediante un suicidio premeditado. Sus palabras llevadas y dejadas en la letra así lo confirman: “Por la noche arritmia. Me tomo un Sympathol. Este remedio sintético [...] es vasodilatador. Ahora habrá que poner algo de orden... con los cuarenta cigarrillos diarios, los diez cafés y el litro de vino cada dos días... la cosa ya no funciona [...]” (Zeltner, 2005: 143).

El fragmento acabado de citar hace eco de las palabras de Esthela Solano; al referirse al uso de adictivos sin el previo apoyo del síntoma, se corrobora también que en el sujeto de los tiempos previos a los contemporáneos —como es el caso del escritor destacado— se han hecho éxitos unos síntomas emergentes, en particular de la época moderna, que dan fe de sus vínculos sociales sobresalientes de esta. Entre ellos se destacan los venidos de la palabra. Esa es la forma de fortalecer el vínculo con el otro y, a la vez, de regular el síntoma, como en el caso de quienes buscan “Conectarse directamente con lo real, con un goce: convendría evocar en este caso ciertas formas de toxicomanías” (Saurer, 2005: 207). Síntoma que opera a manera de anudamiento, pero que también actúa como una forma de hacer soportable una angustia intolerable.

Para finalizar: la construcción de una estética

Aunque el alcohol tuvo alcances en sus cuerpos y en sus vidas, el espíritu no llegó a estar alucinado, tampoco anestesiado ante las cosas, menos ante el mundo. Sándor Márai y Marguerite Duras fueron mucho más que un hombre y una mujer alcoholizados. ¿Cómo consiguieron “salvarse” de esto? Por la escritura, por el infaltable simbólico, porque, como expresa Michel Serres: “Quien construye una estética ruega para que desaparezcan sus anestésias” (2002: 116); y aquí puede agregarse: su síntoma.

Es posible que en el caso de Marguerite Duras las anestésias no desaparecieran del todo, pero en lo que sí tuvo total ganancia fue en las batallas que quiso vencerle al licor cada vez que se sometía a largos periodos de desintoxicación; cura a la que no renunció y con la cual batalló, pues su interés era liberarse de la angustia insoportable que siempre estuvo de su parte, de ahí: “El rito de tener siempre un *whisky* en mi maleta en caso de insomnio o de súbitas desesperaciones” (Duras, 1994: 18). Uno y otra fueron atendidos siempre por el alcohol, como si se tratase de una obediencia inaplazable, pero sólo escribir ocasionaba alivio, aunque no se dé cuenta de lo escrito, como ya un día se lo dijera Lacan: “No debe saber que ha escrito lo que ha escrito. Porque se perdería. Y significaría la catástrofe” (1994: 22). A lo que Duras agrega: “Para mí esa frase se convirtió en una especie de identidad esencial, de un ‘derecho de decir’ absolutamente ignorado por las mujeres” (p. 18).

No saber decir por qué y qué se escribe, pero sentir lo que produce al estar en contacto con la escritura o el alivio que dicho acto provocaba en la autora es una manera de reconocer cómo el hecho de escribir también puede conducir a mitigar ciertas pulsiones, para el caso, la pulsión alcohólica, la misma que tantas veces pacificó sus angustias incontrolables y fue su compañía hasta el fin de sus días.

Las anestésias antes mencionadas tampoco fueron desterradas de la vida de Sándor Márai. En él hasta los recuerdos, algunos recuerdos, le llegaron a hacer la vida insoportable, aunque toleró los de ciertas humillaciones con cierta facilidad: “Y entonces ya no necesité más somníferos y también pude establecer relaciones más sanas y placenteras con el alcohol” (2006: 340). No hay abandono del alcohol, ni a los narcóticos, que han sido unas “muletas” para mantener el equilibrio de su vida.

Ya se ha reiterado la forma como Márai asume su condición compulsiva hacia el alcohol; al lado de esta, él mismo se reconoce como un verdadero neurótico, rasgo que se destaca, dado que fue un lector y admirador del descubrimiento clínico de Freud y de sus obras. Quizá este acercamiento le permitió pensarse como un neurótico: “No cabe duda de que yo era neurótico y de que mi neurosis se debía a traumas

de la infancia” (p. 340), anota, antes de reconocer: “Los estados neuróticos empiezan con unas angustias típicas e imposibles de definir” (p. 342). Su visión de la angustia es *kierkegaardiana*; ese indeterminado que se hace insoportable es lo que define al escritor húngaro, que hoy renace con el brillo de su prosa en todo Occidente, obra del reconocimiento que tardíamente se le brinda.

Así vivió y, al parecer, murió, quien en ficción y realidad padeció la angustia, la sintió arraigada en el alma: “Allí donde existe algo que no hemos podido colmar, algún deseo” (p. 340), cuyo alcance sólo contó, tantas veces, con una copa de aguardiente; otras, con la página demandada por su sensibilidad a la escritura. ¿Es la forma de hallar una respuesta para su síntoma?, ¿o es la manera de reconocer, en paráfrasis de Lacan, que aunque sea con el silencio se puede conceder respuesta a las palabras?

No hay duda de que tanto en Márai como en Duras, tras la pulsión alcohólica, estuvo el intento de apaciguar su angustia. De igual manera, la escritura obró en ellos como salida a eso de lo que no pudieron dar cuenta, pero que por casi toda la vida tuvieron que soportar, la angustia; cuyo fondo cubierto de nada es imposible de conocer.

Referencias

- Braudel, Fernand (1994). *Bebidas y excitantes*. Madrid: Alianza Cien.
- Duras, Marguerite (1995), *Emily L.*, Barcelona, Tusquets.
- Duras, Marguerite (1994), *Escribir*, traducción de Ana María Moix, Barcelona, Tusquets.
- García Romero, Fernando (2002), *Notas a El banquete*, Madrid, Alianza Editorial.
- Kierkegaard, Sören (1947), *El concepto de la angustia*, Buenos Aires, Espasa-Calpe.
- Márai, Sándor (2006), *Confesiones de un burgués*, traducción de Judit Xantus Barcelona, Salamandra.
- Miller, Jacques-Alain (2006) “Introducción a la lectura del seminario de la angustia de Jaques Lacan”, en Claudia Velásquez, Adolfo Ruiz y Juan Fernando Pérez (comps.), *Proposiciones lacanianas sobre la angustia*, Medellín, NEL.
- Platón (2002) *El Banquete*, traducción de Fernando García Romero, Madrid, Alianza Editorial.
- Sauret, Marie-Jean (2005) “La elección del síntoma contra los impases de la civilización”, en: *Desde el Jardín de Freud*, núm. 5, Universidad Nacional, Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura.
- Solano, Estela (2006), “Los signos de la angustia”, en Claudia Velásquez, Adolfo Ruiz y Juan Fernando Pérez (comps.), *Proposiciones lacanianas sobre la angustia*, Medellín, NEL.
- Tournier, Michel (2002), “Rostros de Marguerite Duras”, en *Celebraciones*, traducción de Luis María Todó, Barcelona, El Acantilado.
- Zeltner, Ernő (2005), *Sándor Márai*, traducción de Elisa Renau, Universidad de Valencia-Universidad de Granada.

Judith Nieto López. Doctora en Ciencias Humanas, Universidad Austral de Chile. Magister en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Licenciada en Filosofía e Historia de la Universidad Autónoma Latinoamericana

Recibido: 3 de marzo de 2010

Aprobado: 8 de abril de 2010